Antonio ARANDA, *El bullir de la sangre de Cristo. Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, 304 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3283-7.

La enseñanza de los grandes maestros espirituales, en la medida en que presupone y refleja una vivencia total del Evangelio, trasciende toda sistematización como confirma ese caso extremo constituido por la tensión entre las poesías y los tratados de San Juan de la Cruz. El problema que se presenta a quien aspira a reflexionar teológicamente sobre alguno de ellos, y a exponer después los frutos de esa reflexión, es por tanto el de elegir una perspectiva que facilite el acercamiento al mensaje y a la experiencia sobre la que versa, evitando a la vez toda tentación de sistematización excesiva y, más aún, de reduccionismo.

Antonio Aranda —profesor hace años en esta Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y ahora en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, en Roma— aspira en el presente ensayo a resolver ese problema en referencia a la enseñanza del beato Josemaría Escrivá, acudiendo al efecto a una perspectiva básica o radical: el misterio de Cristo. Más exactamente a una perspectiva en la que se funden dos focos hermenéuticos: la centralidad de Cristo y la conciencia de una tarea o misión fundacional. Esa opción, que ya desde un primer momento presenta visos de ser adecuada —ambos rasgos ocupan un lugar decisivo en la vida y en la obra del fundador del Opus Dei—, se confirma acertada y fecunda a lo largo del ensayo, haciendo de él uno de los estudios más penetrantes entre los dedicados hasta ahora a la enseñanza del beato Josemaría.

Las páginas del libro, escritas con un estilo denso y reflexivo, presuponen una detenida meditación personal sobre los temas que se abordan, que deja entrever, especialmente en algunos momentos, una previa actividad docente. Como el autor señala en el prólogo —aunque sin ofrecer las referencias bibliográficas— alguno de los capítulos había visto ya la luz en revistas científicas, si bien siendo sometido a reelaboración para insertarlo en el nuevo conjunto. En todo caso, más allá del diverso origen de alguna de sus partes, el presente libro

es profundamente unitario, estando regido todo él por la convicción radical a la que hace un momento aludíamos: la posibilidad de hablar, respecto a la vida y al mensaje del beato Josemaría, de un verdadero y propio cristocentrismo.

Esa convicción rige por lo demás no sólo el fondo de la exposición del profesor Aranda contenida en el presente libro, sino también el esquema u orden de acuerdo con el que lo estructura. Después de algunos capítulos de carácter introductorio, destinados a presentar el acontecimiento fundacional del Opus Dei —concretamente, el momento decisivo constituido por el 2 de octubre de 1928— y a ofrecer una panorámica de los escritos del beato Josemaría Escrivá (pp. 13-79), Antonio Aranda inicia lo que constituye, propiamente hablando, su reflexión. El primer paso, le lleva a evocar de nuevo la realidad fundacional para situarla en relación con la condición sacerdotal del beato Josemaría, iluminada a su vez a partir del sacerdocio de Cristo (pp. 81-151). A continuación, vienen dos capítulos, a nuestro juicio, centrales, ya que ambos contribuyen a precisar el alcance del cristocentrismo: el primero, trata del seguimiento y la imitación de Cristo, y de María en cuanto maestra en el seguimiento de Jesús (pp. 153-201); el segundo, de la identificación con Cristo y, más concretamente, de la consideración del cristiano como «otro Cristo» (pp. 203-254). La obra se cierra con el estudio de los textos en que el Fundador del Opus Dei se refiere al existir cristiano como vida llamada a hacer presente a Cristo en el mundo (pp. 255-287). Unos bien cuidados índices de textos (bíblicos y del beato Josemaría), de autores y de obras, completan la obra.

Los términos «teología» y «espiritualidad» designan dos realidades diversas íntimamente relacionadas, ya que, de una parte, no puede haber profundización en la verdad cristiana sin participación o, al menos, sintonía espiritual con la realidad que esa verdad implica; y, de otra, la connaturalidad existencial con lo cristiano, implicada en toda auténtica espiritualidad, trae consigo no sólo vivencia experiencial sino conocimiento. De ahí que, desde sus inicios, esa rama del proceder teológico que es la Teología Espiritual haya incluido, entre sus fuentes, la experiencia de los santos. En algunas épocas históricas las referencias al testimonio de los santos tenían por objeto de forma preferente —e incluso, en ocasiones, exclusiva— sus enseñanzas sobre la vida de oración o sobre la ascesis, con una acentuación, a veces muy pronunciada, de los aspectos psicológicos. Una de los rasgos más característicos de la renovación teológica contemporánea está constituido por la superación de ese planteamiento y la afirmación de una conexión mucho más profunda entre teología y espiritualidad. Se acude, en consecuencia, a la experiencia cristiana y, dentro de ella, a la vida y los escritos de los santos, buscando no sólo datos y consideraciones antropológicas, sino, más profundamente, un testimonio respecto a la vivencia

cristiana en su globalidad; en otras palabras, y con expresión ya consagrada, un testimonio —el del autor espiritual de que se trata— respecto a lo que en concreto implica la apropiación subjetiva y personal del misterio cristiano, es decir, de la comunicación de Dios por Cristo y en el Espíritu Santo; lo que, obviamente, connota ese misterio y contribuye a expresarlo.

El profesor Aranda, Director del Departamento de Teología Espiritual de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, se sitúa decididamente en esta línea, y así lo declara en varios momentos, de entre los que podemos destacar la siguiente frase: «en la plenitud de vida de los santos se esconde el misterio teológico de Cristo, y de ahí procede la entrañable cercanía y la cierta inefabilidad de su persona y de su misión» (p. 14). Es ésa, además, la metodología que aplica a su estudio sobre la figura y la enseñanza del beato Josemaría Escrivá, aspirando en consecuencia a expresar la coherencia no sólo vital, sino también intelectual de su mensaje y la luz que de él se desprende en orden a profundizar en la comprensión del conjunto de la verdad cristiana.

Entre las diversas perspectivas o claves hermenéuticas a las que cabe acudir para sistematizar el mensaje del beato Josemaría Escrivá, Antonio Aranda privilegia, como ya ha sido indicado, la que se sintetiza en el vocablo «cristocentrismo». El alcance que, en este caso concreto, tiene el vocablo se clarifica a la luz de un texto del beato Josemaría al que nuestro autor otorga especial importancia: «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (1 Tm 2, 4) para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres» (*Es Cristo que pasa,* n. 106). En Cristo la misión no es algo que se añade o yuxtapone a su ser y a su persona como si le adviniera desde fuera y en un segundo momento, sino que brota de lo más profundo de su ser, puesto que el decreto o decisión divina que determinan la encarnación, no lo hace en abstracto o de forma genérica, sino determinando en un único acto, a la vez e inseparablemente, que el Hijo se encarne y que se encarne para nuestra redención. Y una análoga conexión entre ser y misión, entre santidad y tarea, se da también en el cristiano.

A esta consideración básica se le añaden otras dos que completan la descripción del pensamiento del beato Josemaría que Antonio Aranda nos ofrece. Ante todo, un pleno reconocimiento del valor revelador y redentor de todos y cada uno de los momentos de la vida de Cristo, y, por tanto, de los años que forman la calificada a veces como «vida oculta» o «escondida» de Jesús, es decir, más propiamente hablando, la vida ordinaria, sencilla, de familia y de trabajo, en Nazaret. El profesor Aranda tiene un agudo sentido de la importancia de la

Cruz, pero al mismo tiempo, y en plena coherencia con el mensaje del beato Josemaría, subraya que Cruz —y con ella la eficacia redentora que en el Cruz llega a su culmen— se proyecta sobre la totalidad de la vida terrena de Jesús: la Cruz no fue un acontecimiento aislado, que los años precedentes del vivir de Cristo se limitaban a preparar, sino una dimensión —decisión de amor y de entrega— presente en todos y cada uno de los momentos de la existencia histórica, terrena, del Señor. Toda la vida de Jesús tiene valor redentor.

Y por tanto lo tiene también toda la vida del cristiano, también el vivir ordinario, sencillo, cotidiano, La afirmación recién realizada presupone —y llegamos así a la segunda de las consideraciones a las que hace un momento aludíamos— una aclaración o inciso: «en la medida en que ese cristiano esté unido a Cristo». La exposición del profesor Aranda no sólo presupone esa realidad, sino que la reitera expresamente y con frecuencia. Más aún, le dedica el que, como antes señalábamos, constituye uno de los capítulos más importantes de la obra: el destinado a analizar la consideración del cristiano como «otro Cristo» o, según la audaz expresión del beato Josemaría, *alter Christus, ipse Christus*, «otro Cristo, el mismo Cristo». Nuestro autor dedica varias páginas a evocar posibles antecedentes de esa expresión, tanto en los textos bíblicos, especialmente paulinos, como en la tradición teológico-dogmática y en la espiritual, pasando después a un análisis detenido de los diversos textos en los que el beato Josemaría la emplea y comenta. De todo ello brota una doble conclusión: la originalidad del modo de hablar del beato Josemaría y, sobre todo, la coherencia y hondura de su doctrina. La expresión mencionada y, en general, el modo de hablar empleado a este respecto por el beato Josemaría, es fruto, en efecto, de una comprensión decididamente realista de los textos de San Pablo sobre el «vivir en Cristo» y el «vivir de Cristo en nosotros» y, en general, sobre la presencia de Cristo en el cristiano. El profesor Aranda ha querido subrayarlo escogiendo para título del libro una frase que el fundador del Opus Dei pronunció en algunas ocasiones, mirando a quienes le rodeaban: «veo bullir en vosotros la sangre de Cristo», esa sangre redentora que transforma desde el núcleo mismo de su ser a aquellos que la reciben dejándose regenerar por ella.

La exposición alcanza, con las páginas a las que acabamos de aludir, una cumbre teológico-dogmática y espiritual que fundamenta el posterior análisis de lo que podríamos calificar como sus consecuencias apostólicas y cósmico-soteriológicas. Antonio Aranda procede a ese análisis acudiendo a diversos textos del beato Josemaría y en especial a la relectura realizada por el fundador del Opus Dei, a partir de un hondo momento de oración acontecido el 7 de agosto de 1931, de un texto del evangelio de San Juan: «cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mi» (Jn 12, 32). Cristo se hace presente en el

cristiano, para que el cristiano, presente en el mundo y en la historia, oriente hacia Dios las realidades terrenas y vaya, de ese forma, contribuyendo a preparar la plenitud que se manifestará en la escatología. Hundiendo sus raíces a nivel ontológico-sacramental, esta realidad está llamada a repercutir —y así lo señala el texto— en una conciencia de misión, que dota de valor a todos los momentos de la existencia, puesto que todos ellos, aún los más vulgares, pueden ser referidos a Dios, perfilando así la fisonomía espiritual del cristiano y, especialmente, del cristiano llamado por Dios a santificarse en medio de las realidades seculares.

En los párrafos que preceden hemos procurado resumir la línea estructural que vertebra la exposición del profesor Aranda. Podemos ahora advertir con mayor claridad el alcance y la riqueza incluidos en el vocablo «cristocentrismo». Así como el acierto, que implica la decisión de acudir precisamente a esa perspectiva para exponer la doctrina del beato Josemaría Escrivá. Puede, ciertamente, pensarse en acudir a otras claves hermenéuticas —la filiación divina, la unidad entre creación y redención, la vocación como desvelamiento del sentido de la existencia...—, ya que, como antes indicábamos, el mensaje de los grandes espirituales trasciende cualquier intento de sistematización cerrada; pero el itinerario seguido por Antonio Aranda constituye una guía de lectura que contribuye muy eficazmente a poner de manifiesto núcleos de importancia decisiva. De ahí el valor de su obra.

José Luis ILLANES

FACULTAD DE TEOLOGÍA. UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *Sagrada Biblia. Antiguo Testamento. Vol. 3: Libros poéticos y sapienciales,* EUNSA, Pamplona 2001, 1.220 pp., 15 x 22, ISBN 84-313-1860-0.

El presente volumen es el tercero de la «Sagrada Biblia: Antiguo Testamento» que viene editando un grupo de profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. En concreto, los que han intervenido en esta obra son: J. M. Casciaro, G. Aranda, S. Ausín, C. Basevi, V. Balaguer, F. Varo y J. Chapa, el mismo equipo que ya elaboró el tomo 1º (Pentateuco, Pamplona 1997) y el tomo 2º (Libros Históricos del A.T., Pamplona 2000). La presente edición contiene introducción, traducción y notas de los libros del Antiguo Testamento que se han transmitido en la Biblia cristiana bajo el nombre de «libros sapienciales o poéticos», a veces también llamados «didácticos» o «morales». Se presentan según el orden tradicional: Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés (Qohélet), Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico (Sirácida). El volumen aparece en un momento en el que los libros sapienciales están reco-

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.